

# LA INTEGRACION DE AMERICA LATINA, ASPECTOS DE\* UN REQUERIMIENTO MULTIPLE

por el prof. PEDRO GODOY

De la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile

*Acaso alguno desdén,  
por lo criollo, mis relatos.  
Esto no es para extranjeros,  
cajetillas ni pazguatos*

LEOPOLDO LUGONES<sup>1</sup>

El empleo mecánico del idioma produce un fenómeno curioso: las palabras se convierten en osamentas fonéticas desprovistas de substancia inteligente. En ese instante es preciso estudiar cada término con el propósito de reinyectarle su exacto significado. Tal es el caso de cuatro vocablos que el uso irreflexivo ha transformado en sinónimos. Nos referimos a país, Estado, patria y nación. En sana doctrina, cada uno posee naturaleza propia. De este modo, país es una entidad territorial; Estado, una institución política; patria es una noción sentimental y nación, una agrupación humana. Es decir, se trata de cuatro conceptos: el primero geográfico, el segundo, jurídico, el tercero psicológico y el último sociológico. El hecho de que sea posible encontrarlos fusionados en una unidad no es excusa para aceptar tan errónea como generalizada confusión.

La nación está constituida por individuos ligados por la raza, el idioma y la religión, es decir, por la sangre y la cultura. Su origen y desarrollo es un fenómeno bio-cultural. Su unidad y destino es, en cambio, un suceso político. El primero está sujeto a las leyes de la naturaleza. El segundo es una tarea humana en el plano de la historia que se libra entre la fuerza centrípeta que cohesionan, proporcionando al cuerpo nacional un eje de vida común y la fuerza centrífuga que pugna por provocar o perpetuar la fragmentación. La victoria de la unión sobre la dispersión se obtiene gracias al talento nacionalizador que José Ortega y Gasset define como "un quid divinum", un genio tan peculiar como la poesía, la música o la invención religiosa. Pueblos sobremana inteligentes —expresa— han carecido de esa dote y, en cambio, lo han poseído en alto grado otros bastante torpes para las faenas científicas y artísticas. El talento nacionalizador —agrega— es de carácter imperativo, es simplemente un saber querer y un saber mandar. El saber querer es un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común, pues no se convive para estar juntos, sino para hacer algo juntos y las naciones se unen y se mantienen como tales en función de ese programa para mañana que condensa las aspiraciones, sentimientos o ideales de la sociedad. El saber

mandar es una amalgama de sugestión moral y de imposición material, mezcla del convencer y del obligar, con el propósito de unir a la nación, dotándola de un Estado único: garantía de un superior y común destino. Contra la fuerza adversaria alimentada de prejuicios colectivos y de intereses particulares sólo cabe aplicar la violencia que es la gran cirugía histórica<sup>2</sup>.

*Ayer*

Obsérvese bajo el prisma orteguiano la historia europea. La Antigüedad posee dos casos interesantes: el de Grecia y el de Roma. La Hélade atomizada en Estados ciudadanos era teatro de guerrillas fratricidas, mientras el imperio persa extendía sus dominios, utilizando o fomentando las rencillas entre los griegos. Pero en Macedonia brota el talento nacionalizador y el rey Filipo, apoyado en las falanges, por la diplomacia y por la guerra, impone a las cultas y politizadas ciudades el Estado helénico. En la batalla de Queronea cae quebrantado el patriotismo urbano y se alza triunfante el patriotismo nacional. En Atenas, ante el proyecto de unificación, la ciudadanía se separa en dos grupos: uno nacionalista, encabezado por Isócrates y, el otro, localista, capitaneado por Demóstenes. El célebre orador es el contumaz enemigo del monarca macedonio y el defensor apasionado de la soberanía ateniense. Lo prosaico del asunto es que se comprueba que su fervor independentista está sostenido por oro procedente de las arcas de Persia, pues todo imperialismo, por norma de política exterior, procura mantener o precipitar la desintegración de las naciones.

En la península de los Apeninos ocurre algo semejante. Allí la tribu romana que poseía por emblema totémico el águila, que saludaba con la diestra abierta en el brazo extendido y cuyo hogar era el Lacio, una región pantanosa ribereña del río Tíber, realiza la tarea de constituir la nación itálica "en forma". La guerra estalla entre el primitivismo dispersivo de los clanes italiotas: latinos, ombrios y sabélicos y el talento nacionalizador de Roma. Reunidos crearon una nación, pues poseían idéntica raza, modulaban dialectos de raíz común y practicaban religiones similares.

En las dos situaciones, sea Macedonia o Roma, es una diminuta sección de la nación la que enarbola el ideal integracionista y lo impone al resto. En el instante en que Alejandro Magno se proclama monarca universal y Roma desborda la península convirtiéndose en la capital del orbe es otro asunto el que se presenta: ya no se trata de la nación y el nacionalismo, sino del imperio y el imperialismo. Es necesario evitar confundir ambos tipos de fenómenos.

\*El presente trabajo obtuvo el Premio "América Latina" 1968 de la Fundación Ottecar Rosarios.

<sup>1</sup>"Romances del Río Seco".

<sup>2</sup>"España invertebrada".

La Edad Media convierte a Europa en el escenario donde abigarradas invasiones bárbaras se dan a la labor de destruir el Estado imperial edificado por Roma. El continente entero se cubre de innumerables micro-Estados comarcanos atrapados en la malla de hierro de la república cristiana cuyo centro era el Papado.

Sólo en el siglo XVI, cuando el feudalismo agoniza y la primavera burguesa brota en el Viejo Mundo revistiendo las alegres formas del Renacimiento que anuncian el tránsito a los Tiempos Modernos, se hacen presentes de nuevo destellos de nacionalismo. Mil años habían sido necesarios para que se plasmaran las naciones europeas. Ahora dejaban de ser gavillas de díscolas mesnadas ambulantes, para convertirse en conglomerados homogéneos. La casa real de Trastámara, tras la guerra de reconquista contra la morisma, unifica a España. La casa real de Capeto tritura la soberbia de los barones, obligándolos a aceptar la monarquía absoluta. La revolución francesa concluirá este proceso de integración y, al decretar a Francia una e indivisible, los jacobinos —aunque no se percaten de ello— estarán siendo fieles al programa de los Luises. La casa real de Estuardo, representada por Jacobo I, logra fundar el Reino Unido con la articulación de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda.

El siglo XIX cuenta con dos procesos de unificación: el italiano y el alemán. Italia estaba deshecha en reinos regionales, repúblicas urbanas y señoríos rurales. Metternich se jactaba en los conciliábulos del Congreso de Viena que esa nación no era, sino una expresión geográfica. Dos siglos antes Nicolás Maquiavelo había expuesto un plan de integración, pero el italianismo sólo cristalizará más tarde debido al poderío del Piamonte y al apostolado de Mazzini, al genio diplomático de Cavour y al empuje romántico de Garibaldi. El germanismo: difusa idea en Lutero, poética esperanza en Fichte, emoción desesperada, pero precursora de las multitudes que ponen en fuga a los ejércitos de Napoleón animándose en un “¡Viva Teutonia!”, pasa a convertirse en el nervio de la política exterior de uno de los Estados alemanes: el reino de Prusia. En tres guerras victoriosas contra los imperialismos de la época obtiene la unidad y organiza el Estado nacional. “Por la sangre y por el hierro”, tal como lo pronosticara el canciller Bismarck, triunfó el nacionalismo en Alemania.

*Hoy*

¿Qué nos ofrece el mundo de hoy? ¿Existen actualmente experiencias de la misma naturaleza? ¿O es que el ciclo del nacionalismo, como lo afirman los textos escolares, ha concluido?

La nerviosa audición radial y el comentario de prensa recargado de presagios nos indican que vivimos una etapa de profundas transformaciones. La historia ya no se elabora —como hasta 1945— en Europa, sino en la vastedad del Asia, de Africa y de Latinoamérica. Los puntos neurálgicos que deciden el curso de los acontecimientos ya no son, como

antaño, la línea del Rin, el polvorín balcánico o la cuenca danubiana, ni se manejan tampoco aquellos tópicos como “paz armada”, “equilibrio de poderes” o “ententes cordiales”. Ahora el futuro cuaja en los arrozales del Mekong, en el arenal de Sinaí o en la floresta de Nancahuazú. El State Department, el Quai d’Orsay, el Foreign Office o el Kremlin, no disponen ya de la vida o de la muerte de la humanidad sumergida. Hanoi, El Cairo o La Habana, se autodeterminan, a menudo, contraviniendo los designios de las superpotencias. El monopolio nuclear se quiebra y el hombro rubio pierde la exclusividad sobre el arma ultramortífera. Es la revolución mundial de color, pronosticada en 1933 por Osvaldo Spengler. Ni siquiera el entendimiento Washington-Moscú logra atajar el alud. Las compuertas están abiertas y la historia de hoy comienzan a protagonizarla aquellos que hasta ayer fueron espectadores.

No cabe duda que la consecuencia más importante de la derrota del nazifascismo fue la toma de conciencia de los países de los tres continentes marginales. Las dos potencias que emergen victoriosas acumulaban tal poderío militar y económico que en un choque armado provocarían la extinción de la vida sobre el globo y en la guerra fría amenazaban dividir el mundo en esferas herméticas y regimentadas. Con el propósito de fundar auténticas soberanías políticas y económicas y de restaurar sus personalidades culturales ante la amenaza doble de una uniformación cuartelaria y frente al crecimiento en espiral de la apetencia de bienestar de las muchedumbres secularmente postergadas, estos Estados, junto con proclamarse no comprometidos, se han orientado a la constitución de bloques regionales. Tal faena que cubre dos décadas, está presente en cada instante de nuestro tiempo. Es el Tercer Mundo que ha surgido como factor de poder. Son las naciones subdesarrolladas las que irrumpen en el escenario contemporáneo con el resentimiento por bandera.

Siglos de inmovilidad tradicional habían creado en el hombre de Occidente la estereotipa de que las densas masas amarillas, negras y morenas estaban condenadas a perpetua degradación. Esporádicos brotes de rebeldía, sofocados sin contemplaciones, eran atribuidos a criminales natos o a fanáticos religiosos. Ambos tipos, exponentes de la barbarie en pugna con la civilización. He aquí la antinomia que sirvió de subtítulo al “Facundo” de Domingo Faustino Sarmiento, tan valiosa pieza literaria como discutible ensayo sociológico. No obstante, la II Guerra Mundial desata la tormenta y el Extremo Oriente rompe la marcha de la descolonización. Los dos gigantes asiáticos: India y China, adquieren plena independencia. El resto de los países de ese continente se une a ambas potencias expulsando a Europa. Una última victoria del alzamiento anticolonial es la fuga de Holanda del Irián Occidental y la reincorporación de esa región a Indonesia. República que es otro milagro de la integración que ha permitido aglutinar en un Estado a 100 millones de habitantes dispersos en tres mil islas. Postreros,

aunque no menos cruentos choques, se libran en Viet-Nam. Hoy el lema "Asia para los asiáticos" no es una frase, sino un hecho irreversible.

Sin duda, el integracionismo más conocido en nuestro medio es el arabista. Extendida de los bordes atlánticos del Africa septentrional a los confines del Asia menor y media, Arabia contienen 80 millones de pobladores vinculados por la raza semita, el idioma arábigo y la fe del Islam. El nacionalismo se nutre allí tanto del recuerdo de las glorias de los califatos como de las lágrimas del reciente coloniaje. Egipto, Estado animado de talento nacionalizador, es el núcleo director de la tarea integradora. La República Árabe Unida, Argelia, Irak, Siria y el Yemén son los cinco pivotes de la Arabia unificada, soberana y socialista. Los imperialismos de todo pelaje se oponen a la labor del caudillo Gamal Abdel Nasser, pero aquellos que estudiamos el pasado no para deleitarnos con el conocimiento de sucesos añejos, sino para extraer de ellos lecciones que orienten la comprensión y la acción del presente y del porvenir no podemos dudar de la victoria próxima o distante del arabismo.

La nación judía pone fin a la diáspora. El retorno a la Palestina ancestral se produce después de un nomadismo bimilenario por los cuatro puntos cardinales del globo. La fundación de Eretz Israel en 1947 es la cristalización de la integración hebrea que, con el nombre de sionismo, plasmaron doctrinalmente Zvi Hirsch Kálisher, Moses Hess, Samuel Mohifever, Leo Pinsker y, en particular, Teodoro Herzl. Africa negra está también buscando afanosamente el camino de su articulación. Lo que fue un gigantesco campo de concentración hoy es un mosaico de repúblicas soberanas y de colonias insurrectas. Los millones de negros que soportaron la deportación masiva y el látigo de las plantaciones o el fusil automático en las incursiones punitivas del colono están desalojando a los "civilizadores" y reconstruyendo sus países. El sacrificio de Patricio Lumumba fue un tributo a la independencia y a la integración. Periódicamente se reúnen en Etiopía los jefes de Estado de ese continente para elaborar fórmulas que permitan cristalizar el africanismo y evitar, según manifestó un orador, "el peligro de la sudamericanización". El ex-líder de Ghana, Dr. Kwame Nkrumah, sintetizó el clima de esos eventos expresando: "Preferimos ser los últimos en un Africa unificada, antes que los primeros en un Africa dividida".

La misma Europa, que al finalizar la II Guerra Mundial estaba materialmente arrasada, ocupada por ejércitos extranjeros, consumiendo víveres foráneos para no morir de inanición, sin un ápice de significación política exterior, parecía estar condenada a servir de área de querellas diplomáticas o de campo de batalla entre los dos colosos que surgían triunfantes de aquella conflagración que enlutó nada menos que a 30 millones de hogares europeos. El continente que de Alejandro Magno a esa época había sido el amo del planeta se tornaba una semicolonía. Sin embargo, tres estadistas de aquel entonces se sobrepusieron a las dificultades del momento y, a pesar, de la existencia, no de dos o tres, sino

de 30 naciones, con sus razas, idiomas, religiones o historias particulares, lograron echar las bases de la Unión europea, factor de equilibrio entre otros dos bloques: la Unión norteamericana y la Unión Soviética. El milagro europeo posee su explicación en la complementación de las economías y la vigencia de un común derrotero.

#### *Madre América*

Ahora es preciso, después de tan prolongada introducción, referirnos a lo que nuestro malogrado Jaime Eyzaguirre denomina "La América bárbara y cristiana. América, la de los viejos adoradores del sol y de las culturas del oro y de la lana. América, la de la noble sangre de Castilla, de los firmes señores de la espada y de los siervos de la cruz. América, una y doble, paradójica y armoniosa, tierra de batalla perpetua, de perderse y recobrase, de vivir eternamente muriendo... Esta, la América nuestra, india y española"<sup>3</sup>. Expresemos que, en este instante, es un racimo de países débiles y empobrecidos que se desconocen entre sí, odiándose a menudo, que ignoran los lazos sanguíneos y culturales que los atan y que viven divorciados emotiva e intelectualmente del hogar criollo. Hoy están carcomidos por el subdesarrollo que significa un déficit de alimentación, de vestuario, de habitación, de trabajo y de enseñanza. La desnutrición, la desnudez, el abandono, el desempleo y el analfabetismo no son sólo palabras duras utilizadas por el agitador en la tribuna callejera, sino hechos tangibles comprobados por las estadísticas de organismos técnicos internacionales. Idénticos problemas acosan a cada uno de los pueblos latinoamericanos. Las soluciones no admiten demora y la integración es una urgente necesidad.

Está comprobado que sólo acentuando al máximo la interdependencia entre las diversas repúblicas de Latinoamérica será factible la empresa del desarrollo que cada una, aisladamente, es incapaz de afrontar con éxito. El espacio económico, o sea, la existencia de un vasto mercado productor y consumidor es el factor condicionante clave de la expansión industrial. Si no se posee es preciso articular varias áreas que aspiren a constituir un bloque solidario. En consecuencia, la integración se nos presenta tanto como un imperativo determinado por el proceso histórico, como por la necesidad de edificar el porvenir. La acción creadora no brota exclusivamente del estudio de etapas superadas, sino también de la existencia en el presente de un reto al que es vital dar una respuesta. Está en juego, además de la lealtad a una magnífica historia común, la suerte de 250 millones de "hombres oscuros" que el año 2000 serán —por efectos de la explosión demográfica— 600 millones. La enorme tarea no sólo puede ser motivo de forcejeo empresarial o tema de debate parlamentario, sino que ante todo y por sobre todo es responsabilidad de las masas estudiantiles y laborales, es decir, de las Universidades y de los sindicatos.

Ahora retrocedamos un instante y, hurgando en el pasado,

<sup>3</sup>"Hispanoamérica del dolor".

ubiquemos el fundamento íntimo de la reunificación continental.

*El ser latinoamericano*

Sarmiento, en su ensayo "Conflicto y armonías de las razas en América", preguntábase: "¿Somos europeos? Tantas caras cobrizas nos desmienten. ¿Somos indígenas? La sonrisa de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Somos nación? Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientito. ¿Argentinos desde dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello?". Con estas interrogantes de fuego, aplicables a todos y a cada uno de los pueblos de América Latina, el sanjuanino ilustre, como un cirujano social hunde el bisturí en un problema que no ha preocupado a nuestros ideólogos librecos ni a nuestros científicos cuantificadores: el desentrañar el origen, naturaleza, ritmo, sentido y destino de la substancia latinoamericana incorporada a la historia por España y Portugal. Aunque las soluciones que brindó como investigador y como estadista son reprobables, su mérito reside en haber puesto en el plano del estudio y la polémica una cuestión clave para el porvenir continental. Retumba aún en los oídos la célebre interrogante: "¿Somos nación?". Existe, sin lugar a dudas, el país chileno, el Estado chileno, la patria chilena, pero ¿la nación chilena? El derecho dirá "sí", pues maneja la definición que expresa que la nación es un núcleo humano que, habitando un territorio común, es cohesionado por un poder soberano. La sociología, en cambio, poniendo énfasis no en lo geográfico-político, sino en lo demográfico apunta que la nación es una comunidad étnico-cultural. El territorio puede o no existir y el Estado puede o no organizarse. Ambos datos son accesorios, en cambio, la nación es el dato básico.

¿Chile acaso no posee idéntica constitución racial —fruto del mestizaje indoibérico—, no usa la lengua española y no practica la religión católica, al igual que las otras 19 repúblicas, exceptuando a Haití, pero agregando a Puerto Rico? 20 que constituyen los Estados Desunidos de Sudamérica frente a los vigorosos y tentaculares Estados Unidos de Norteamérica. La unificación de éstos, clave de su grandeza, fue conservada gracias a la sabiduría de la carta de Filadelfia y a la voluntad de Lincoln, quien impidió la desmembración.

*Una nación invertebrada*

Los pueblos de América Latina son trozos de una gigantesca nación invertebrada. Dentro de esta unidad en latencia cabe también la diversidad, pues factores diversos —incluso dentro de cada uno de los 20 países— han ido plasmando cierta matización regional que, por lo demás, no destruye la superior identidad del conjunto. En síntesis, las coincidencias son monumentales y las diferencias, relativamente, diminutas. Si no queremos entender esto, significa que los árboles nos impiden contemplar el bosque. Un viaje de Río Grande a Tierra del Fuego nos permite comprobar que

existe un solo paño de civilización que acusa variantes laterales y longitudinales, pero que es siempre el mismo. Los corajudos conquistadores peninsulares, en el curso de la epopeya civilizadora, no tuvieron noción de vivir en países aislados y se desplazaron libremente, a lo ancho y a lo largo del Nuevo Mundo. Tampoco los emancipadores se sintieron extranjeros en uno u otro reino indiano y llamaron "paisanos" a todos los habitantes, sin distinción, en sus históricas proclamas.

El chileno medio, con su psicología isleña, producto del aislamiento geográfico, se cree una excepción en el continente y estima elogioso que se hable del país como del único europeizado. Rehusa compararlo con Estados *menos* subdesarrollados como México, Brasil o Argentina, para compararlo con otros *más* subdesarrollados como Ecuador, Bolivia o Paraguay. Entonces se sentirá dichoso y un endeble patriotismo brotará no del amor a lo propio, sino del desprecio a lo ajeno.

El concepto jurídico de la nación permitió que cada Estado de América Latina se autotitulara vanidosamente de tal. La nación mexicana, la nación salvadoreña, la nación dominicana, la nación uruguaya... 20 se organizaron en herméticos cantones sobre la vasta superficie extendida de la Baja California al Cabo de Hornos. Y de no asumir la autocracia caudillo del tipo de Rosas, Santa Cruz o Portales, la desmembración habría continuado. El fusilamiento de Francisco Morazán, v. gr., significa automáticamente la fundación de las 5 microrrepúblicas de América Central y el regionalismo separatista, explotado por EE.UU., produce la independencia de una provincia colombiana: Panamá.

*Etiología de la Balcanización*

El neofeudalismo autóctono, en alianza con el imperialismo anglo-yanqui, provoca la desarticulación. La América lusitana, dotada de un poder central robusto y prestigiado, sofozó cuanto intento segregatorio se efectúa. El Brasil contemporáneo debe su cohesión a este elemento. Acá, por el contrario, el derrumbe de la Casa de Borbón a manos de Bonaparte y la guerra civil entre liberales y absolutistas carcomió los cimientos del Estado imperial, dejando libres a los agentes balcanizadores. De este modo la América hispánica, una en sangre, lengua y fe, vinculada por tradiciones ancestrales y por una historia tricentenaria, pierde su textura, desgarrándose en jirones. La soberanía del cacicazgo comarcano suplanta a la soberanía de la nación y un patriotismo regionalista reemplaza al patriotismo nacionalista de los libertadores. Bolívar y San Martín se estrellan contra la miopía agresiva de los generales de la Independencia y los intereses egoístas de los doctores convertidos en repúblicos. Las oligarquías lugareñas y las potencias extranjeras frustran la magna iniciativa de consolidar la unificación plasmada en 300 años de dominio español. La separación de la Madre Patria ocasionó sólo desorden, porque logró la autodeterminación al precio de la invertebración.

Desde entonces cada Estado que cubre una lonja de la nación busca, mediante la edificación de una muralla china de prejuicios, acentuar las diferencias con los vecinos en vez de fundirse en la comunidad. Esta situación la retrata metafóricamente el humanista Juan José Arévalo al escribir: "Hemos perdido transitoriamente nuestras mejores esencias americanas. Hemos angostado nuestra visión política. Hemos elegido rumbos particulares, a menudo divergentes, y las 20 repúblicas son como 20 témpanos de hielo que se acercan o se separan en la superficie movediza de un mar de frialdad, sin conexión submarina y sin común horizonte".

*Interrogantes y Alternativas*

Los esfuerzos expresados en el Mercado Común Centroamericano, en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, en el Parlamento Latinoamericano, en la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana y en el Pacto Andino, son sólo el comienzo de la faena. Caben, sin embargo, algunas interrogantes: ¿Están dispuestos los gobiernos a practicar una diplomacia de nuevo estilo? ¿O continuarán estimulando rencillas infecundas? ¿Se dará la reintegración por acuerdos diplomáticos o será producto de una rebelión continental de "los de abajo"? ¿O se efectuará en torno a un Estado empapado de talento nacionalizador? ¿O simplemente como ahora los 20 países insistirán en su papel de pigmeos y mendigos, sirviendo de comparsa a las potencias mundiales?

Es necesario que la América nuestra, superando su sesquicentenario desmembración, deje de ser objeto, para convertirse en sujeto del proceso histórico contemporáneo. Una genuina historia fluirá entonces de la entraña misma de cada uno de sus 20 fragmentos reintegrados en un cuerpo nacional armonioso y enérgico y el latinoamericano no continuará siendo eco o reflejo de lo que se dice, hace o piensa en Washington o en Moscú. Porque es útil esclarecer que se obligó a Latinoamérica a decidir por Occidente en su pugna con Oriente. Es decir, con Estados Unidos contra la Unión Soviética. Ese conflicto foráneo ha distorsionado la política interna de estos 20 Estados, cayendo uno a uno en la hoguera de la guerra fría. No se quiere comprender que el litigio de que son parte no es aquél, sino otro: el hemisferio Sur, con sus tres continentes aún atomizados y empobrecidos y el hemisferio Norte, con sus tres bloques articulados e industriales.

No obstante, de México al cono sur se percibe oscura y soterradamente, pero apremiante, la necesidad de echar a andar una civilización que acaso adolezca de vacíos, que quizás es legataria de miserias, pero que no puede ser substituída por ninguna otra. Ello permitirá la instauración de un orden plenamente humano que, al mismo tiempo que libere a la persona de la calamidad del subdesarrollo, impida que se convierta en "cifra solitaria" del gigantesco e incon-

trolable mecanismo técnico-económico típico de las sociedades superindustriales.

*Un "Ismo" necesario*

¿Pero existe una teoría de la integración? Sí, el latinoamericanismo. Su motivación es el apotegma bolivariano que expresa: "Todo nos une nada nos separa: o nos unimos o perecemos". Su fin último es transformar a la América Latina en un Estado nacional según la fórmula confederativa, federativa o unitaria. Posee fundadores y cultores clásicos y modernos. Entre los primeros, como ya se adelantara, están los héroes Simón Bolívar y José de San Martín. Como el caudillo grancolombiano posee, en comparación con el inmortal de los Andes, una actuación más prolongada y amplia, a la doctrina se le denomina también bolivarianismo. Los clásicos son los epígonos de los libertadores que, comprobando los efectos nocivos del fraccionamiento, trataron de contenerlo y con ese sano propósito elaboraron proyectos de confederación o federación. Se cuentan entre ellos a Lucas Alamán, Cecilio del Valle, Eugenio María de Hostos, José Martí, José G. Paz Soldán, José Sánchez Carrión, Gabriel René Moreno, Juan Antonio Ribeyro, Manuel Belgrano, Juan B. Alberdi, Bernardo Monteagudo, Juan Egaña, Juan Martínez de Rozas, Benjamín Vicuña Mackenna y otros no menos valiosos. Modernos son los que, en el presente siglo, escapando del embrujo de la religión liberal positiva, vuelcan su atención y afecto al contorno inmediato, redescubriendo el hogar americano que una cultura de evasión, impuesta con fines aviesos se había preocupado de ocultar o de menospreciar. Sirven de marco a esta promoción de ideólogos tres acontecimientos histórico-culturales de honda trascendencia y significación: la conmemoración del centenario de la Independencia que permitía efectuar un balance de 100 años de vida republicana, la revolución mexicana iniciada en 1910 y culminada en 1917 con la promulgación de la constitución en Querétaro y el movimiento de reforma universitaria comenzado con el grito de Córdoba en 1918. Estos hechos tuvieron aliento continental y expresaron la voluntad, el pensamiento y la emoción de las muchedumbres campesinas y de la minoría ilustrada de la clase media insurgente.

Se encuentran entre estos ideólogos figuras cumbres como José Vasconcelos, Carlos Pereyra, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Isidro Fabela, Vicente Sáenz, Máximo Soto Hall, Rufino Blanco Fombona, Pedro Henríquez Ureña, Germán Arciniegas, Benjamín Carrión, Fernando Diez de Medina, Isaac J. Anaya, Pablo Antonio Cuadra, Julio Icaza Tigerino, José E. Rodó, Luis Alberto de Herrera, Carlos Quijano, José Ingenieros, Alfredo L. Palacios, Manuel Ugarte, Tancredo Pinochet, Eugenio Orrego Vicuña, Joaquín Edwards Bello, para citar sólo algunos. En esta promoción destacan cuatro peruanos. Son Víctor Raúl Haya de la Torre, Antenor Orrego, Manuel Seoane y Luis-Alberto Sánchez. Poseen el mérito de fusionar, por primera vez después de los libertadores, la idea con la acción, fundando el

APRA. Así el latinoamericanismo adquiriría consistencia de movimiento político. Desde otro ángulo, autores extranjeros como los estadounidenses Waldo Frank y Carleton Beals, el italiano Ettore Viola y los españoles Miguel de Unamuno y Salvador de Madariaga también contribuyen a proporcionar substancia a la doctrina.

El latinoamericanismo posee soldados en Pedro Albizú Campos, César Augusto Sandino, Lázaro Cárdenas, Juan José Arévalo, Francisco Caamaño y hoy en aquellos guerrilleros de "la sangre y la esperanza" que, desligados de cualquier cipayismo, ofrendan la vida por la liberación, la integración y el desarrollo de la Patria Grande. Entre éstos hay dos figuras ya universales: Ernesto Guevara y Camilo Torres. El médico autectoniza y humaniza al socialismo, liberándolo de la tutela foránea y del manipuleo burocrático. El sacerdote devuelve el espíritu revolucionario del Evangelio al catolicismo, cerrando la posibilidad a que los intereses creados continúen instrumentalizando la fe. Plutarquiamente podríanse escribir las vidas paralelas de Bolívar y del Che y las del párroco Manuel Hidalgo y del Padre Camilo. Los dos héroes de hoy son los máximos arquitectos de la II independencia ya en marcha.

No podían estar ausentes de esta noble tradición los poetas. De Andrés Bello y José Joaquín de Olmedo a Rubén Darío, autor de "Salutación del optimista" y de la "Oda a Roosevelt". De José María Vargas Vila a Gabriela, Neruda y Pablo de Rokha, pasando por Samuel Lillo y Chocano.

Ahora el "nacionalismo continental", además del mensaje de los héroes, además de los proyectos de los epígonos, además del ejemplo de los guerrilleros, además de la esperanza cantada por los poetas, es una suma de conocimientos científicos y un sistema de recursos instrumentales elaborados y seleccionados por un equipo de expertos entre los que nombraremos sólo a cuatro: el venezolano Antonio Mayobre, el colombiano Carlos Sanz de Santamaría, el argentino Raúl Prebisch y el chileno Felipe Herrera. Sin embargo, sería un error suponer que con el aporte de los economistas el latinoamericanismo se transforma en una ideología con los peligros consiguientes de hermetismo y anquilosis que implica el concepto. Muy por el contrario, lejos de *cosificarse*, continúa siendo una idea-fuerza. El mismo Herrera afirma que la integración no es monopolio de los economistas. Para obtenerla —afirma— no bastan los convenios aduaneros, la industrialización acelerada, la coordinación de políticas monetarias, la ampliación de mercados, etc., sino que es indispensable la plasmación de una amplia y profunda teoría político-filosófica que otorgue fundamento y proporcione a la tarea integradora un sentido global y que, al calar hondo en el alma continental movilice el sentimiento, la energía y la inteligencia a 250 millones de "condenados de la tierra" de este "mundo ancho y ajeno" que aún hoy carecen de "un

proyecto sugestivo de vida en común, de un programa para mañana, de un dogma nacional" como diría Ortega y Gasset. Es decir, de una idea-fuerza aglutinante, motriz y directa.

Casi sin excepción los aquí citados son nombres desconocidos. La educación secundaria y superior no estudia, sino tangencialmente las biografías y las obras de los latinoamericanistas aludidos. La problemática continental y la búsqueda de soluciones están ausentes de los programas del liceo y de la Universidad. Ambas instituciones continúan, tozudamente, trasmitiendo una cultura momificada y sin raigambre en la realidad. Vano repertorio de datos muertos que no logran motivar vitalmente a la adolescencia liceana ni a la juventud universitaria. Los pedagogos oficiales justifican ese vacío y este contrabando que acusan las materias de estudio, parlotando doctoralmente sobre la neutralidad escolar y la objetividad científica. Desde otro ángulo podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el europeizante de cátedra o de café esbozará una mueca de desdén al enterarse del presente trabajo. "Los trasplantados" —al decir de Alberto Blest Gana— no aceptan la existencia del ser latinoamericano, repudian la exaltación de una cultura nacional e ironizan el ideario unificador. De esta suerte los colonos mentales-herodianos de izquierda o de derecha, para usar términos de Toynbee —operando como quintacolumnas de los imperios, son perniciosos agentes del pesimismo disgregador.

#### Exhortación

Hoy como ayer el latinoamericanismo se enfrenta al panamericanismo en un duelo de proporciones. Se mantiene y agudiza el antiguo antagonismo entre Bolívar y James Monroe. La totalidad de esta Patria Grande acusa la inquietud precursora de un desenlace. Cada 100 años —canta un bardo— los ponchos colorados de los llaneros y de los gauchos y los multicolores de los labriegos andinos y las sobrias guerreras de los oficiales desarrollistas —podemos añadir— truncan el sosiego, invitando a acciones trascendentes creadoras de historia. Del latinoamericanismo depende que ellas hagan posible que —antes del año 2000— América Latina una, soberana y justa, pueda brincar a la especie humana, torturada por los inquisidores de turno —bussinesmen y comisarios— una pujante civilización y una original cultura, frutos del genio vigoroso de la raza, fecundados por el idealismo de la nueva generación. Concluyamos citando a la divina Gabriela quien expresara: "Dirijamos toda actividad, como flecha, hacia este futuro luminoso: la América española unificada por dos cosas estupendas, la lengua que le dio Dios y el dolor que le da el Norte".